



DANIELA
GUZMÁN

Subdirectora de estudios IdeaPaís

Envejecer en familia

El tiempo avanza inexorablemente, llevándonos a la vejez, una etapa subestimada en la sociedad actual. En el contexto de la “sociedad líquida” de Bauman (1999), donde predominan el individualismo y las relaciones efímeras, la familia adquiere un papel crucial en el envejecimiento.

La familia se presenta como un refugio sólido en la vida de las personas. Aquí se transmiten valores y sabiduría intergeneracionalmente. Los mayores comparten su “memoria histórica” (Pedro Morandé, 1994), y el conocimiento de sus *raíces* a los más jóvenes, preservando tradiciones y enriqueciendo a las nuevas generaciones, aprendiendo a valorar y respetar la vejez.

La importancia de la familia también se manifiesta en el apoyo emocional que brinda a sus miembros, esencial en esta etapa de la vida donde la soledad puede acechar. Las pérdidas de seres queridos y los cambios en la salud pueden generar inestabilidad, y la comprensión y el consuelo que la familia puede brindar hace al envejecimiento más llevadero. Esta red de apoyo beneficia a todos sus miembros, fortaleciendo la unidad y generando compromisos sólidos entre las personas.

Desde una perspectiva económica, el cuidado en familia de la persona mayor puede ser una alternativa más asequible en comparación con instituciones especializadas. Además, asegura una atención más personal y cariñosa, reforzando los lazos intergeneracionales.

La familia posee un valor en sí misma, siendo la primera institución a la que pertenecemos, donde formamos nuestra identidad. En consecuencia, se convierte en un espacio fundamental para el desarrollo del individuo a lo largo de su vida –de principio a fin–, siendo el espacio que mejor puede habitar un adulto mayor.

La sociedad envejece

El envejecimiento poblacional nos desafía como sociedad. La Tasa Global de Fecundidad (TGF) en Chile es igual a 1,3 hijos por mujer¹, muy por debajo a la TGF mundial –de 2,3 hijos–, y del recambio generacional –2,1 hijos–. Esto implica que, irremediablemente, la población mayor aumentará en comparación con la población joven, generando una implosión poblacional. Así, se estima que la cantidad de personas mayores a 60 años, que hoy equivalen a un 18,1% de la población, para el 2050 corresponderá a un 32,1% de la población².

Este aumento de la población mayor no solo se presenta como una tendencia demográfica, también sugiere demandas y desafíos que, actualmente, no estamos atendiendo. La necesidad de un buen sistema de pensiones y seguridad social, de un sistema de salud que atienda las problemáticas de un adulto mayor de forma integral, y de espacios donde puedan vincularse y desarrollarse socialmente, son algunos mínimos para asegurar bienestar y una buena calidad de vida a las personas mayores.

Estamos frente a un problema en potencia, y debería ocuparnos a todos. Inevitablemente, llegaremos a esa etapa de la vida, y esperamos hacerlo y vivirla en las mejores condiciones sociales, económicas y morales. Pero ¿cómo? ¿Quién se responsabiliza de las urgencias propias del envejecimiento de la población? ¿Quién debe garantizar que la calidad de vida no disminuya durante la vejez? ¿Estamos preparados para atender las necesidades de la población mayor?

El Estado tiene el Servicio Nacional para el Adulto Mayor (Senama), que contempla 10 programas³

destinados a beneficiar a personas mayores de 60 años⁴. Estos tienen como objetivo final atender necesidades desde la socialización hasta el fortalecimiento de habilidades, reconociendo la importancia de mantener a los adultos mayores participando activamente en la sociedad. Si bien estas medidas son loables, son en su mayoría paliativas, enfocándose en atender las necesidades de quienes ya están en la “etapa mayor”. Así, no solucionan el problema de que el porcentaje de la población mayor está creciendo y, en consecuencia, que hay una potencial población mayor que le pesará al Estado y la sociedad.

El desafío está en generar políticas más integrales y preventivas, que no solamente se encarguen de mantener funcionales a las personas mayores, sino que también respondan a cambiar la concepción actual de la vejez. Políticas profamilia que tomen a la persona “en la totalidad de su existencia”, como dice Pedro Morandé en su libro *Familia y sociedad* (1998), rompería los estigmas asociados a esta última etapa de la vida, toda vez que la familia es una institución sólida que alberga a individuos que participan como “hijo/padre/abuelo” –fuera de un rol social, como persona plena–, que entrega valor al adulto mayor, dada su *expertise* de vida.

El papel de la familia –en su solidez– es esencial en el envejecimiento. Con el aumento de la población mayor, debemos reconsiderar y revalorizar esta etapa de la vida, quebrando estereotipos negativos y garantizando que el envejecimiento entregue oportunidades y significancia a la familia y, así, a la sociedad. La familia, como transmisora de valores y sabiduría, formando identidades y, por tanto, generando pertenencia, se convierte en el espacio perfecto para resignificar el envejecimiento. La inversión en la institucionalidad de la familia no es solo una cuestión de bienestar individual, sino también de bienestar social, lo que hace que “envejecer en familia” sea esencial en las políticas de envejecimiento. 

1 Instituto Nacional de Estadísticas (INE). 2023. “Anuario de estadísticas vitales”. Obtenido en: <http://surl.li/pslon>.

2 Instituto Nacional de Estadísticas (INE). 2022. “Envejecimiento en Chile: Evolución, características de las personas mayores y desafíos demográficos para la población”. Obtenido en: <http://surl.li/pslsa>.

3 Fondo Nacional Adulto Mayor; Escuela de Formación para Dirigentes Mayores; Programa Buen Trato; Vínculos; Envejecimiento Activo; Centros Diurnos; Condominios de Viviendas Tuteladas; Subsidio ELEM; Establecimientos de Larga Estadía ELEM; y Cuidados Domilarios.

4 IdeaPais. 2023. “Radiografía de la dependencia funcional en Chile.” Obtenido en: <http://surl.li/psllm>.